



## CAPÍTULO XVI.

### I.

#### LA ENFERMEDAD POSTRERA DEL REY.

**E**STUDIADAS, aunque no con el detenimiento que merecen, las cualidades, virtudes y hechos del Rey Prudente, conviene ahora demostrar que tan excelentes dotes le acompañaron durante toda su vida, hasta que espiró. En aquella enfermedad y trance postrero, el más tremendo en que se hallan los mortales, mostró Felipe II grandeza de ánimo, fe, constancia, fortaleza y religión. Pasó los últimos años de su vida harto lleno de enfermedades y rabajado de dolores; y éstos de los más agudos que causa la gota, martirizándole en todas las partes de su cuerpo. Consta en historias contemporáneas, compuestas por testigos oculares, que eran tan agudas las dolencias que Su Majestad padeció en los postreros meses antes de morir, que ni aún siquiera podía sufrir sobre la parte atacada ningún paño, ó lienzo, aunque fuera muy fino y de mucha suavidad. Varios miembros de su cuerpo se mostraban abiertos, manando materias á causa de la intensidad del dolor; y á pesar de todo ello, «ni se quejaba entre tantos tormentos, ni se mostraba mal acondicionado, ni daba señal de impaciencia, ni era molesto para los que le servían; antes los consolaba, y estaba alabando á Dios, resignando su voluntad muchas veces en la Divina». Lo cual es sin duda cosa mayor que la conquista y adquisición de nuevos reinos y ciudades; mayor haza-

ña que vencer enemigos y enseñorearse del mundo universo <sup>1</sup>.

Esta misma relación sobre la enfermedad última y trabajosísima del Rey D. Felipe, así como sobre su resignación y constancia de buen cristiano en el padecer por Dios, aparece escrita con otras palabras en las históricas obras del Doctor Salazar de Mendoza. Con efecto: en el libro cuarto de su *Origen de las Dignidades seglares de Castilla y León*, asegura tan grave escritor que la enfermedad última de Felipe II fué larga y de mucho sufrir. Y añade, que ni por un momento solo faltó á Su Majestad quietud de ánimo y compostura en el espíritu; por más que los dolores de gota que padecía eran de grande intensidad. Recuerde ahora el lector, cómo este Rey tan atormentado y abrumado de fatigas y dolor en aquella su postrera enfermedad, lejos de mostrar ni un punto rostro de impaciencia, ni mucho ménos desesperación, exclamaba para ejemplo de cuantos le rodeaban y de los siglos por venir: *Sea todo en remision de mis pecados*. El mismo Salazar refiere, que habiéndole abierto los médicos por necesidad una pierna, y preguntándole alguno de los religiosos, que nunca le abandonaban, si había sentido mucho el dolor de la operación, contestó con rostro afable y de humildad: «Más siento y me duelen mis culpas». Y añade aún más el libro del Dr. Mendoza, conviene á saber, que el Rey D. Felipe en los días no pocos de sus últimas dolencias, repetía con suma frecuencia estas evangélicas palabras: «Padre Eterno, hágase tu voluntad y no la mia.» Demás está recordar que no todo lo reducía á jaculatorias y exclamaciones devotas; porque sabido es cómo en los últimos cincuenta días que vivió totalmente envuelto en un mar de dolo-

<sup>1</sup> «Como fué gran Rey en la vida fué también gran cristiano en la muerte, después de muchas enfermedades y dolores que llevó con singular constancia, como se vió en el dolor de gota que tuvo por tantos años, que por ser tan grande no podía sufrir sobre la parte lesa, ni aún una sábana muy delgada. Póngase á una parte este dolor tan vehemente, y á otra un Rey tan delicado y tan oprimido de esta enfermedad que la tenía en casi todos los miembros del cuerpo, y abiertos algunos de ellos manando materia, etc.....» Virtudes de las coronas; en las *Obras filosóficas* del Padre Juan Eusebio Nieremberg, tomo III, pág. 269. Sevilla, 1686.

res, se confesó lo ménos catorce veces, recibiendo otras tantas á Dios Sacramentado, que fué siempre su devoción predilecta <sup>1</sup>.

Un historiador severo y religioso que anduvo continuamente en derredor del lecho de Su Majestad durante los meses postreros de su vida, refiere que habiendo ido al Escorial Camilo Cayetano, Nuncio de Su Santidad, por causa de consagrar al Arzobispo electo de Toledo D. García de Loaysa, fue llamado del Rey; y mandándole sentar al lado de la cama, le suplicó dijese alguna cosa espiritual para alivio de los dolores y consuelo de su alma. Hablóle el Nuncio con mucha unción y discreción dando contento al regio paciente. El cual pocos momentos después le suplicó bendición papal y absolución plenísima de sus pecados, amén de las indulgencias y gracias espirituales que por facultad apostólica pudiese conceder. «El Nuncio se lo concedió todo con aquella plenitud como si el mismo Papa estuviera presente». Y en acabando de hablar el Nuncio, respondió el santo Rey con rostro muy alegre y aquella serenidad de que quiso Dios dotarle, que se había alegrado con su venida; que su mal era grande y estaba muy dispuesto y conforme á la voluntad divina para vida, ó para muerte; que no pretendía otra cosa, sino morir en gracia y alcanzar perdón de sus pecados. Daba sin cesar muchas gracias á Dios por los beneficios recibidos. Repetía que se consolaba grandemente con el ofrecimiento de auxilios santos y con la bendición apostólica, que aceptaba de buena gana, y la pedía humilde á Su Santidad. Mandó «que en todo caso se tuviese respeto y reverencia á la Silla Apostólica y á Su Santidad, y se tuviese

<sup>1</sup> «Su postrera enfermedad fué prolija y muy pesada; mas no le faltó un punto la compostura y sosiego del ánimo, y trabajado de los dolores agudísimos de gota, solía exclamar: Sea en remisión de mis pecados. Abrióronle una pierna, y preguntándole el Padre si había tenido mucho dolor, respondió: Más siento y me duelen mis culpas. No cesaba de repetir Padre Eterno, hágase tu voluntad y no la mia. En los últimos cincuenta días que vivió..... comulgó catorce veces...» Salazar de Mendoza, en el libro IV de su *Origen de las dignidades seglares de Castilla y Leon*. El Doctor Cristóbal Pérez de Herrera, médico de S. M. dice: «Reconcilióse S. M. más de 40 veces en esta última enfermedad.» *Elogio de la vida y muerte del Rey D. Felipe II*, pág. 165. Valladolid, 1604.

mucha cuenta á la jurisdicción eclesiástica, y se mirase siempre por ella. Otras muchas razones de ygual peso le dixo aquel piísimo Monarca, que como estava tan descaído y sin fuerzas, no se pudieron perceber bien; pero dignas todas de escrevirse con letras de oro y de que las gozaran los siglos venideros. Despidióse el Nuncio harto enternecido y edificado que quando a algunos religiosos referia parte dello, apenas podia detener el llanto». Por donde se ha de ver cómo Felipe II puso de relieve su mucha piedad y fe católica en aquellos últimos días que vivió en la tierra, como lo había hecho en el discurso de su vida <sup>1</sup>.

Y para dejar bien grabados en la memoria de todos otros raros ejemplos que de sus virtudes dió el Rey Prudente en los días postreros de su existencia, tómesese de nuevo el hilo de la relación, recordando los más notables y abultados; y ésto solamente con largas pinceladas. No fué pequeña la admiración de la Corte y de los religiosos que asistían á Su Majestad, cuando vieron que en apretándole la enfermedad, consumido ya en gran manera, pidió de repente á su confesor el manual, ó libro de administrar los Sacramentos; suplicándole que leyese en voz alta todo cuanto se dice y hace al dar la Santa Unción á los moribundos. Con efecto; leyóle el buen Padre aquella tan consoladora exhortación que el ministro de Dios suele dirigir á tales enfermos; al terminar hubo de significarle que con ello no sería ya menester repetirla cuando se le administrase el Sacramento santo. Mas el Rey contestó al instante con asombro de todos: «Esso no, dígaseme otra vez y otra, porque es muy buena.» En vista de lo cual exclama Sigüenza: «¡Qué buen gusto en cosas de Dios, y qué buen deseo de acertar á morir

<sup>1</sup> «A los diez y seis de Agosto mandó llamar el Rey al Nuncio, mandóle sentar y que le dixesse alguna cosa espiritual..... El Nuncio le hizo una plática muy discreta con que se recreó mucho. Pidióle como humilde hijo de la Iglesia le echase su bendición de parte de Su Santidad, le absolviere plenariamente y le concediese todas las indulgencias y frutos espirituales que se alcanzan del Vicario de Jesu Christo, para los que están en semejante artículo. El Nuncio se lo concedió todo.....» Libro III de la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, pág. 679, por Fr. José de Sigüenza, de la misma Orden. Madrid, año 1605.

bien!» Seguidamente mandó el real paciente que le cortasen las uñas y lavasen las manos por reverencia del Sacramento, y porque le iban á ungir pronto con el Santo Oleo. «Mandó también que su hijo el Príncipe y Rey nuestro señor que ahora es, se hallase presente porque tuviese noticia de lo que era este Santo Sacramento, que tan raras veces lo ven administrar los reyes: creo há muchos años no se han visto juntos padre y hijo en él como ahora se vieron»<sup>1</sup>.

Aquel gran Monarca, fundador del asombroso monumento en que moría, recibió al fin en cabal juicio y entero conocimiento la Extremaunción con mucha humildad y reverencia, queriendo antes confesarse nuevamente de los pecados todos de su vida, para que tan saludable Sacramento le fuese administrado en gracia. Dice el P. Sigüenza, allí presente, que le administró Loaysa, Arzobispo de Toledo, quien se turbó más de una vez, y cualquiera se turbara por causa de la gran majestad del Rey. Hallábanse allí angustiados y de pié el Príncipe heredero D. Felipe, varios caballeros y señores de la Real Cámara, tres confesores de las personas reales, el Prior del Monasterio y algunos religiosos señalados por el mismo Soberano. Y aquí añade el citado historiador lo que sigue: «Parecióme según la entereza con que el Santo Rey lo advertía y respondía á todo, que no tenía mal ninguno, y que se anticipaba mucho aquel Sacramento... Pues tuvo siempre tan claro el juicio, que una hora antes que muriera pudiera muy bien percibir lo que se hacía... Al día siguiente llamó, después de la Unción santa, á su confesor, y le habló con semblante alegre, y le dixo que nunca en su vida se avia visto tan consolado, como despues de haber recibido aquel Santo Sacramento, y

<sup>1</sup> «En certificándose el buen Rey que su mal le dava priessa y que yva acabando, después como dixe de aver comulgado dos veces pidió le diessen con tiempo el Sacramento de la Extremaunción, por el peligro que avia, que estando tan consumido, algun accidente no le llevasse ó no diesse lugar para recibirlo con entero juyzio... Aquí también nos quiso dexar un notable exemplo de su piedad y religión. Mandóle á su confesor que le llevasse el Manual, libro por donde se administran los Santos Sacramentos, y le leyese todo lo que á éste tocava, sin dexar letra, etc...» Libro, historia y páginas citados.

que avia experimentado parte de su fruto: y lo mismo dixo á otros que le preguntaron si se avia cansado, significando que avia recibido grande alivio en el cuerpo y en el alma»<sup>1</sup>.

## II.

## SIGUE LA ENFERMEDAD.

El pío Monarca, enfermo y abatido como se hallaba con los dolores de la gota, siempre deseoso de la honra de Dios, servicio de la Iglesia y bien de la patria, tomó alientos y cierta manera de inspiración religiosa, y mandando á los allí presentes que se retirasen, dió señales á su hijo para que permaneciese al lado de su lecho. Cumplido así, y estando á solas con él, tomóle de la mano y le dirigió estas palabras aquí copiadas porque sirvan de lección y de consejo á los reyes de las naciones y á los padres de familia. «Hijo mío, le dijo, he querido que os hallásedes presente en esta hora, y que viésedes cómo he recibido este Santo Sacramento... Y porque veais en lo que paran las monarquías de este mundo. Ya veis, hijo mío, cómo Dios me ha desnudado de la gloria y majestad de Rey para dárosla á vos. A mí, me vestirán dentro de muy pocas horas de una pobre mortaja y me ceñirán con un pobre cordel. Ya me cae de la cabeza la corona de Rey: la muerte me la quita para dárosla á vos. Dos cosas os encomiendo mucho. La una, que permanezcais siempre en la obediencia de la santa Iglesia Católica. La otra, que hagais justicia á vuestros vasallos. Tiempo vendrá en que esta corona se os caiga de la cabeza, como agora se me cae de la mía. Vos sois mancebo; yo

<sup>1</sup> «Primero día de Setiembre, á las nueve de la noche, recibió el pío Rey fundador la postrera Unción con mucha devoción y reverencia, aviéndose confessado primero... Estuvo siempre muy atento y con igual serenidad el Príncipe su hijo, y con él algunos cavalleros de su casa y cámara...» Sigüenza, en la parte y páginas arriba dichas de su *Crónica de la Orden de San Jerónimo*.